

todas hay cambios y permanencias. El objetivo es analizar unos y otros, ver los aportes de los distintos lados, y no olvidar los inventos y descubrimientos ligados al paso del tiempo. Y si para ello, como el libro comentado nos muestra, debemos andar juntos prehispánicos con estudiosos de la colonia o la Revolución, ingenieros con historiadores y antropólogos, pues mejor para todos.

José Luis de Rojas
Universidad Complutense

EDITH BOORSTEIN COUTURIER, *The Silver King. The Remarkable Life of the Count of Regla in Colonial Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2003, 224 pp. ISBN 0-8263-2874-1

Pedro Romero de Terreros salió de su natal Cortegana, en la provincia de Huelva, al sur de la península Ibérica, con el sueño, como tantos otros, de “hacer la América”, se dirigió hacia un nuevo mundo lleno de promesas. Desde sus primeros años en tierras novohispanas puso todo su empeño en trabajar, se dedicó al comercio y sobre todo, a la minería, además de adquirir grandes propiedades. Andando el tiempo, aprovechó las condiciones políticas y culturales tanto de la Vieja y la Nueva España, con buen olfato para los negocios y un poco de buena suerte, llegó a acumular enorme fortuna, hasta el grado de ser considerado el “hombre más rico del imperio español” y de obtener un título de nobleza.

Existen múltiples leyendas en torno del Conde de Regla que han cubierto su historia con un velo de misterio. Aunque algunas de ellas están basadas en hechos reales, unas cuantas han sido

muy exageradas. Por ejemplo, se dice que su casa en la ciudad de México era conocida como “La Casa de Plata”, por la cantidad de objetos de este metal que había en ella, extraídos seguramente de sus propias minas. Desafortunadamente, la casa, ubicada en la antigua calle de San Felipe Neri, hoy República de El Salvador, ha padecido el paso del tiempo y hoy en día está convertida en una vecindad con una papelería en una de sus accesorias, muy lejos del esplendor de tiempos pasados.

Sin embargo, en la otrora capital del virreinato, existen testimonios vivos sobre este personaje, en particular de sus preocupaciones por ayudar a la gente de pocos recursos. En primer lugar, nos referimos al Monte de Piedad, fundado por Romero de Terreros en 1775. Su importancia ha sido tanta que en la década de 1880, la imagen de su creador quedó plasmada en unos billetes de cien y mil pesos emitidos por el Nacional Monte de Piedad. Aunque nunca estuvieron en circulación y ahora son piezas de coleccionista, son muestra palpable de que su persona era recordada con aprecio. Sin embargo, existen otros documentos de amplia circulación donde se mantiene viva su memoria. Los miles de necesitados que acuden al mostrador de “empeño” en dicha institución, reciben a cambio de sus prendas una boleta con el retrato del fundador y benefactor original. Y su papel de filántropo también se conserva en la memoria colectiva a través de una calle de la ciudad de México, en la colonia Narvarte, cuya nomenclatura está dedicada a los benefactores.

Sin embargo, no hay que olvidar que la vida de todo ser humano abarca diversos aspectos: afectivo, económico, social, religioso y laboral, y el libro que ahora nos ocupa cubre todos estos aspectos. Por eso celebramos la publicación de la tan esperada y apetecida biografía de Pedro Romero de Terreros, el Conde de Regla, llevada a feliz término por Edith Couturier. La autora no ha tenido que recurrir a las leyendas: las situaciones reales que vivió el conde son suficientes para reconstruir su andar por

el mundo, sus preocupaciones supraterrrenales, sus bonanzas y borrascas y, al mismo tiempo, para abrirnos una ventana hacia la vida novohispana de fines del siglo XVIII.

Edith Couturier hurgó en cuanto archivo público y privado pudo, y desde hace muchos años ha trabajado distintos aspectos de la vida del conde y sus parientes, cuyos resultados hemos podido leer en libros, artículos y capítulos. Pero ahora finalmente nos entrega una versión muy completa y redondeada del "Rey de la plata" como lo llama ella.

En su introducción, después de reconocer que el conde era un hombre muy complejo, que podría ser amado y a la vez odiado, Couturier se preguntó cómo una mujer académica de clase media como ella, podría entender la vida de un hombre ambicioso, hambriento de poder y de gran fortaleza mental. Admitió que tuvo que buscar la sabiduría y prudencia para comprender y presentar su vida con una visión crítica y a la vez amable y comprensiva. Y finalizó esperando que sus lectores determinaran si ha logrado transmitir esta imagen de Romero de Terreros. Podemos constatar que nos ha presentado a una persona de carne y hueso con las contradicciones de la naturaleza humana. Pudo haber muchos hombres con esas características que hayan dejado tras de sí una huella. Pero en este caso, también dejó abundantes testimonios documentales que son los que han permitido reconstruir su pasado. La novedad de este libro estriba en que Couturier sistematizó la información que reunió sobre la vida del conde para abordarlo en diversos aspectos.

A lo largo de las páginas del libro, nos encontramos con un hombre que no temía tomar decisiones, que se metía a las minas a conocer el avance de los trabajos y que creía firmemente estar beneficiando a la región donde se encontraban. Con el contubernio de autoridades civiles y eclesiásticas logró superar los tiempos de crisis y motines y salvó la vida cuando fue atacado por una lluvia de piedras lanzada por los trabajadores descontentos

de la mina que habían organizado una huelga. En el libro se hace evidente que no perdía oportunidad para extraer hasta la última gota del esfuerzo de sus trabajadores, incluso poniendo en riesgo todo un sistema social que había permanecido por muchos años ya que la ambición lo cegaba y era un patrón déspota. Además, no hay que olvidar que algunos poderosos mineros (como José de la Borda y el Conde de la Valenciana) han pasado a la posteridad por haber construido magníficas iglesias. Sin embargo, el más rico de ellos, el Conde de Regla, nunca construyó ninguna obra de este tipo, sino que hizo contribuciones más discretas para la difusión de la fe católica en sus dominios.

Sabemos, gracias a su testamento de 1775, que el Conde de Regla, desde la muerte de su esposa, ocurrida en 1766, le había mandado decir más de 57 000 misas. Por tanto, durante los nueve años transcurridos entre el fallecimiento y el documento, se habrían oficiado más de 6 000 misas anuales, a razón de cinco diarias, con las que Romero de Terreros querría expiar las culpas de su consorte o tal vez las suyas propias. Y es que, aunque repitió un patrón común de un hombre peninsular mayor que contrajo nupcias con una joven criolla, los testimonios rescatados por Couturier parecen indicar que en verdad estaba enamorado de su esposa, aunque convivió con ella poco tiempo. Cada ocasión que tenían de estar juntos, ya fuera en la zona minera o en la ciudad de México, María Antonia Trebustos, hija de los Condes de Miravalle quedaba encinta y padecía mil complicaciones que la llevaron a la tumba después de haber dado a luz a su octavo hijo. Estas situaciones pueden explicar, de manera parcial, el elevado número de responsos que su viudo mandó decir por su alma, tal vez por amor o por remordimiento.

La muerte del Conde de Regla fue todo un acontecimiento, aunque éste había estipulado que su entierro no se efectuara con "fausto ni pompa mundana". Sin embargo, esta disposición no prohibía la celebración de unas exequias donde se le rindieran

todos los honores. La ceremonia se efectuó seis meses después, teniendo como actor principal el túmulo levantado en honor del conde en el centro del templo frente al presbiterio y bajo la cúpula del Colegio Apostólico de Misioneros de Propaganda Fide de San Francisco de Pachuca.

Los túmulos o piras funerarias tienen su origen en antiguas costumbres paganas, pero el cristianismo las transformó, ya que se dejaron de utilizar para la cremación del difunto colocado sobre ellas. Sin embargo, el elemento del fuego continuó presente por la gran cantidad de velas que las adornaban y que, al encenderse, recordaban su función original. La luz era primordial para provocar un efecto maravilloso en el catafalco. En la descripción de la pira construida para las honras del primer Conde de Regla se decía que las velas “daban con trémulas voces claras señas del quebranto que lloraban”. Couturier afirma erróneamente que este monumento sería “consumido por las llamas después del funeral”, pero en realidad esta costumbre no estuvo vigente en el México colonial. Es más, algunas de estas piras se conservaban desarmadas para volver a utilizar los materiales en otras ceremonias y a la fecha se conocen dos de estos monumentos “efímeros” que han sobrevivido el paso del tiempo y se conservan en Taxco y en Toluca.

El libro contiene buen número de imágenes que nos ilustran algunos aspectos tratados, incluyendo mapas y fotografías de los lugares de acción de Romero de Terreros, cuadros con información económica y el famoso y único retrato que se conoce del conde que atrapa la atención en la portada. Queda, pues, el libro de Couturier como un sólido ejemplo de estudio biográfico sobre un ser humano destacado de nuestro pasado.

Verónica Zárate Toscano

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora